

MISTICA Y POLITICA

Los fundamentos del nacional-socialismo

I.—¿Qué será el nacional-socialismo?... Quienes responden a esta pregunta lo hacen del modo más contradictorio, ya que, para unos, el nacional-socialismo es un sistema político genial, que soluciona todos los problemas nacionales e internacionales, económicos y sociales, creando en el mundo un “nuevo orden”, mejor que los anteriores; para otros, el nacional-socialismo es un método satánico para cometer toda clase de crímenes. Ambos conceptos se nos hacen equivocados, pues el nacional-socialismo, en realidad, es una religión, algo que se basa únicamente en el creer y no en el saber; sí, una religión pagana y cruel, como lo era la de los fenicios que sacrificaban sus propios hijos al dios Baal, como la de Thugs de la India Oriental, que habían de cometer asesinatos en honor de la diosa Kali, pero una religión en la que creen millones de alemanes con igual fervor al que animaba a los partidarios de Mahoma cuando, en nombre del Profeta, emprendían la conquista de vastos imperios.

II.—¿Y cómo es posible que Alemania, la “nación de los poetas y de los pensadores”, la que tanto contribuyó a la cultura mundial, la patria de Leibniz, de Bach, de Goethe y de Beethoven, acepte la religión del nacional-socialismo? Un célebre alemán, venerado por el nacional-socialismo, escribía, hace medio siglo, las palabras siguientes que explican tal fenómeno: “El alma alemana es, ante todo, un compuesto de múltiples orígenes, hecha de elementos añadidos y acumulados, más bien que una verdadera construcción; ello depende de su origen. Un alemán que se atreviese a exclamar: ‘Yo

llevo, ay, dos almas en mí”, se equivocaría en una buena cifra. Pueblo vario, hecho de una mezcla y confusión indescriptibles de razas, quizás con un predominio de elementos precarios, “pueblo del centro”, en todos los sentidos de la palabra, los alemanes son en sí mismos, más incomprensibles, más indefinidos, más contradictorios, más desconocidos, más incalculables, más sorprendentes que los otros pueblos” (1). Federico Nietzsche, con sus teorías del superhombre y de la voluntad de poder, es uno de los precursores del nacional-socialismo; él caracteriza a los alemanes de manera severa, y, rechazando la tesis de la superioridad racial germana, declara a los alemanes como un resultado de mezclas “con un predominio de elementos precarios”.

Tiene razón Nietzsche. La llave para entender a los alemanes está en el hecho de que, al revés de los hombres de cultura latina, ellos no poseen una sola alma racional sino muchas, que se combaten mutuamente. Los alemanes, lo repetimos, son “incomprensibles, contradictorios e incalculables” porque, ya obedecen a los dictados de esta alma, ya a los de aquélla; unas veces contribuyen con obras inmortales a la cultura, destruyéndola, en otras. Los alemanes no son dóciles a las reglas de la razón, sino a llamamientos irracionales, místicos, de sus almas.

III.—Al intentarse estudiar el “espíritu nacional”, la estructura ideológica de una nación, ¿dónde se la podrá encontrar mejor que en los escritos de sus filósofos? . . . ¿Acaso se podrá imaginar que Bacon of Verulam o Locke no sean ingleses, ni Montaigne o Voltaire franceses, o Fichte y Hegel alemanes? Así, pues, estudiando la filosofía alemana, desde los místicos medioevales hasta los neokantianos y los fenomenólogos del siglo XX, se puede decir que casi todos los grandes pensadores alemanes tienen algo de común: enemistad más o menos declarada con la razón, frente a la posibilidad de conocer, en virtud de ella, “las cosas en sí”, una tendencia más o menos declarada también hacia lo irracional, hacia lo místico. Esa tendencia, en la Edad Media, todavía se hallaba moderada por el influjo de la filosofía tomista, que hizo la clara distinción, pudiéramos decir definitiva, entre razón y fe, estableciendo así los límites entre

la filosofía y la teología. La naturaleza puede ser conocida, enseña Santo Tomás, por nuestra razón que domina íntegramente las ciencias y la filosofía: *Intelligo ut credam*. Pero, más allá de este mundo, “se extiende todavía el horizonte de lo sobrenatural, que se pierde en lejanías infinitas, el horizonte de los misterios cristianos revelados por Dios que, ya desde aquí abajo, se abre al espíritu humano iluminado por la luz de la fe” (2). Para conocer ese mundo sobrenatural no basta nuestra razón; así, los misterios de la Trinidad sólo pueden ser conocidos por la revelación: *Credo ut intelligam*, porque en el campo de la teología prevalece la fe, la revelación, sobre la razón. Por consiguiente, la mística debe limitarse, según la filosofía tomista, al mundo sobrenatural, y la mayoría de los místicos alemanes de la Edad Media, como los dominicanos Tauler, Juan de Sterngassen, Gerardo de Sterngassen, Nicolás de Strasburgo y, —el más grande de ellos—, Enrique Suso, respetaron los límites entre la razón y la fe, entre la revelación mística y el conocimiento racional, establecidos por el Doctor Angélico.

Pero, desde Lutero, quien llama a la razón “fons fontium omnium malorum”, la mística, lo irracional, el agnosticismo llega a dominar todo el pensamiento alemán. Desde Jacobo Böhmer y el pietismo protestante, profundo y oscuro, verdad y mística son términos idénticos. Kant, hijo de madre pietista, no es un místico, pero sí un agnóstico tanto más peligroso y funesto cuanto que ensayó destruir el predominio de la razón con argumentos racionales. “Suicidio de la razón”, al decir del profesor Rueda Concha en su magistral conferencia “De Juan Jacobo a Hitler” (3).

Desde la “Crítica de la Razón Pura” ésta perdió, en realidad, su valor para la filosofía alemana. El idealismo alemán posterior a Kant, basa, pues, su filosofía en proposiciones a priori, arbitrarias e irracionales, “juegos del espíritu germánico”, según expresión de un escritor colombiano. Fichte logra llegar de un individualismo radicalísimo: la única realidad, la “cosa en sí” es el “yo”, a un socialismo de Estado, siendo así un precursor del nacional-socialismo. Existen, pues, tres Fichtes: uno, individualista radical, otro, liberal moderado, y un tercero, nacional-socialista. Los tres

tienen de común entre sí que todos son geniales, irracionales, profundos y oscuros. Schelling, el romántico, es, en el fondo, un místico perfecto, como lo prueba su identificación de la naturaleza con el "alma del mundo". Y también es irracional Hegel con su "dialéctica", la fórmula arbitraria de "tesis-antítesis-síntesis", con que pensaba solucionar todos los problemas, identificando lógica y metafísica. Por cierto que satisfecho quedó Hegel de que nadie hubiera entendido a cabalidad sus teorías, y así supo confesarlo él mismo.

Pero, aún el idealismo alemán no había declarado abiertamente su tendencia antiintelectualista, cuando ya en el siglo XIX Rodolfo Haym y Guillermo Dilthey, en su crítica a Hegel, sostenían que el concepto racional del mundo es una mera ilusión (4). Y Schopenhauer se separa de toda filosofía occidental y hace "del Nirvana de la filosofía hindú el fin absoluto de la suya" (5). Para Schopenhauer la esencia del mundo es la voluntad, "un impulso sin alguna causa". De aquí que Nietzsche declare francamente que no existe verdad alguna sino tan sólo una "voluntad de poder".

IV.—Lo irracional, lo místico, ha dominado y dominará siempre en Alemania sobre el campo político. Para formarse sus conceptos y convicciones, el alemán no investiga la vida política; él, primero, tiene una convicción y luego busca argumentos que la justifiquen: *Credo ut intelligam*. ¿No es esto "teología política?". En realidad, con tal título bautiza una de sus obras principales Carl Schmitt, ese teórico oficial de derecho político en los primeros años del nacional-socialismo (6). Y no es sorprendente que la obra fundamental de Alfredo Rosenberg, él también teórico, pero máximo, del partido, se llame: "El mito del siglo XX" (7). Ya desde Platón y Aristóteles, la política ha sido tenida como ciencia, como resultado de la actividad racional del hombre. Así, pues, para Schmitt y para Rosenberg la política es una a manera de teología, un mito, algo que pertenece a la región del creer y no del saber.

Esa mística política, tan antigua como la nación alemana, tiene dos características, que se muestran a través de los siglos: Primero, la divinización de la guerra y de la

fuerza física, y luego la ciega obediencia a un jefe, por quien se hacen todos los sacrificios posibles, es decir, la fidelidad extrema hacia un hombre (Gefolgschaftsstreue) o una idea.

En todos los pueblos primitivos se ha glorificado la guerra y a los guerreros, pero, en ninguno, según el testimonio de Tácito, se ha hecho de manera tan excesiva como en el de los antiguos alemanes. Y, mientras la mayoría de las naciones actuales, al civilizarse, lejos de considerar la guerra como la suprema felicidad del hombre, la califican de "última ratio", de un mal inevitable, los alemanes nunca han pensado, en el fondo, de modo diferente a como lo hacían en tiempos de Tácito. Y tenemos al filósofo de Koenigsberg que escribe un libro sobre la Paz Perpetua (8), libro que ningún eco tiene en Alemania, al paso que logran entusiasta acogida tesis como la de Schiller y la de Hegel sobre que "La historia universal es el tribunal del mundo", es decir, la justificación y aun la glorificación de la guerra; y libros como el del general von Bernhardt, "Alemania y la próxima guerra" (9), se convierten en el "Evangelio moderno del oficial alemán". Por lo demás, Treitschke, historiador oficial del Estado prusiano (Staatshistoriograph), enseñó que "todos los grandes progresos de la humanidad no pueden realizarse sino por la espada", y Schäffle, hacia 1900, stampa en su "Teoría científica de la guerra" las siguientes palabras: "La guerra no es un desastre ni un castigo, es un bien; no es un medio sino un fin; no una excepción, sino una ley, el único procedimiento para desarrollar realmente los estados internacional y nacional de la sociedad" (19).

Siempre ha sido, pues, el guerrero el primer hombre en Alemania. Llevar un uniforme de oficial, la "chaqueta del Emperador", fue orgullo inmenso para todo alemán. Bismarck, desde cuando, siendo ya canciller, fue hecho general *honoris causa*, hasta su dimisión, jamás pudo quitarse su uniforme; no así los generales británicos que, en su vida privada, saben vestir de civiles. Sin duda uno de los grandes éxitos del nacional-socialismo está en haber uniformado a todo el pueblo alemán.

Esta veneración por la guerra y los soldados conduce necesariamente a una divinización de la fuerza física. Y, en

realidad, la jurisprudencia alemana volvió, en el siglo XIX, a las antiguas doctrinas de los sofistas Trasímaco y Kaliclés, quienes, según Platón, basaban la esencia del Estado en la superioridad del más fuerte, o sea, en la fuerza física. Y es afirmación del gran jurista Rodolfo von Ihering la de que: "Lo característico de un Estado es el ser una fuerza superior a toda otra voluntad... Todas las otras condiciones del Estado se reducen a la condición de fuerza" (11). Y "El Estado es fuerza", es frase de Treitschke, el colaborador de Bismarck (*Der Staat ist Macht*) (12). A igual resultado llegaron también los socialistas alemanes: "El Estado, sostiene Engels, no es otra cosa que la máquina de opresión de una clase sobre otra clase". Marx y Lassalle, en el fondo, están de acuerdo con tal concepto, bien que discordes respecto a sus consecuencias. Marx pide la destrucción de ese Estado de clases; Lassalle, su transformación en uno socialista (13). Sea lo que fuere, ¿no es interesante, en verdad, que tanto el socialismo como el imperialismo nacionalista alemanes afirmen que la esencia del Estado está en la fuerza física y no en el derecho?...

Pero los internacionalistas alemanes alcanzan ellos también las conclusiones vistas. Jellinek, con su célebre teoría de la "auto-limitación", permite a los Estados fuertes atacar a los débiles, pésele a los tratados internacionales, que obligan a los Estados en el límite de lo útil, o sea, en lo "no contrario a sus intereses vitales". La teoría es ingenuamente alemana. Ya Lutero enseñó que "la necesidad no conoce ley", (*Not kennt kein Gebot*), aniquilando con su frase todo el valor del derecho. Y, cuando Alemania, en 1914, invadió a Bélgica, cuya neutralidad garantizaba, el profesor Joseph Kohler, sucesor de Stammler en la cátedra de filosofía del derecho de la universidad de Berlín, defendió aquella actuación en un escrito que lleva por título la frase de Lutero: "*Not kennt kein Gebot*". No de otro modo que con los argumentos de la ciencia alemana, justificaron y justificarán los actuales profesores de Alemania las agresiones de hoy.

V.—Además de la dinización de la guerra y de la fuerza, en casi todo el pensamiento alemán se encuentra siem-

pre la glorificación de algo que se podría llamar el "alma de servidor". En el "*Nibelungenlied*", la gran epopeya alemana del medioevo, puesta en música por el genio de Wagner, la personalidad más interesante no es Sigfried, ni Brünnhilde, sino Hagen, el fiel servidor de sus reyes, quien por sus amos comete toda clase de crímenes. Hagen ha sido siempre el representante más simple del hombre alemán, o sea, del ser fiel hasta la muerte. El es el modelo de todos los jóvenes nacional-socialistas que están listos a todos los crímenes, desde que el Führer o sus lugartenientes así lo prescriban.

Esa renuncia perfecta a toda personalidad, en favor de un hombre, de la comunidad o de una idea, es la segunda clave para entender "las almas" que en cada alemán se encierran. En tanto que la mayoría de los hombres de cultura latina o anglosajona quieren mandar, el alemán quiere obedecer, servir, (*dienen*); eso, en virtud de un sentimiento místico: no ser más que una parte, que un instrumento de algo superior. El individualismo prácticamente no ha existido en Alemania; en la monarquía, los alemanes obedecían al monarca; en la república, al partido, pero siempre han obedecido, han servido, han sacrificado toda su personalidad. Los reyes mismos eran unos meros servidores; así lo afirmó el gran Federico de Prusia, cuando dijo: "El monarca es el primer servidor del Estado". Al mito de la fuerza se añade, pues, el de la servidumbre.

VI.—Ahora sí llegamos a entender lo que sea el nacional-socialismo: una religión mística, un conjunto de mitos, posibles únicamente en virtud del carácter irracional del pueblo alemán, en virtud de su divinización de la fuerza y de la servidumbre. Por eso, lo recalcamos, podemos hablar de mística en la política. Con métodos racionales no se puede llegar al nacional-socialismo cuya doctrina es un conjunto de proposiciones ilógicas, contradictorias e inexactas. Pero los nacional-socialistas no aceptan refutación alguna de sus dogmas de partido ni tampoco necesitan de pruebas; ellos creen en todos sus dogmas con un fervor religioso y están listos, como lo decíamos, a morir por su religión nacional-socialista.

Bajo el título de la obra de Rosenberg hállase una cita del maestro Eckehart, aquel místico alemán y medioeval a quien Rosenberg admira y señala en todo su libro. Pero Eckehart, aunque dominicano, es el menos tomista de todos los místicos alemanes; profundo, obscuro y poético, él se inspira en los neoplatónicos y casi llega al panteísmo. Eckehart es para Rosenberg el ingenuo representante del espíritu nórdico (14).

Reconociendo ahora el carácter místico e irracional del nacional-socialismo, podemos darnos cuenta de que hay una gran diferencia entre él y el pensamiento de Carlos Maurras. Algunos, sin embargo, creen equivocadamente al francés como uno de los precursores de Hitler. Bien que reconocamos que Maurras ejerció cierta influencia en el fascismo, no estamos de acuerdo con el P. T. Ryan, cuando afirma: "El fascismo procede directamente de Maurras" (15). Más que a otro, el fascismo le debe mucho al anarquista y sindicalista Jorge Sorel, cuya crítica de las "democracias plutocráticas", cuya glorificación de la "acción" han sido y son repetidas por Mussolini casi literalmente; en segundo lugar, el fascismo le es deudor a Nietzsche, a Hegel, a Maquiavelo y a Bergson (16). Maurras y el nacional-socialismo nada tienen, pues, de común. Y resumiendo, diremos que Maurras, apellidado por sí mismo "tradicionalista-positivista", es un racionalista perfecto, un adversario de todo romanticismo, de todo misticismo (17). En realidad, él es un griego pagano que ni siquiera cree en Dios: "Maurras es un positivista que sólo acepta la idea de Dios desde el punto de vista del reposo intelectual y del orden político, *excluyendo toda creencia*", observa con exactitud Silvio Villegas (18).

En cambio, el nacional-socialismo tiene grandísima afinidad con el romanticismo alemán, místico como él. La influencia de Fichte y de Adán Müller sobre el pensamiento nacional-socialista, aunque indirecta, es poderosa. Fichte, el autor del "Estado comercial cerrado", (*Der geschlossenen Handelsstaat*) y de los fulminantes "Discursos a la nación alemana", llega a muchas ideas nacional-socialistas: Nacionalismo patético, socialismo de Estado con fundamento en el trabajo, autarquía económica. Adán Müller, representante

no menos brillante del romanticismo político alemán, sostuvo, por su parte, en 1810 que "El Estado es la totalidad de la vida entera", (*Der Staat ist die Totalität des gesamten Lebens*) (19). Las interesantes, obscuras y contradictorias doctrinas de Müller, el escritor talentoso y sin escrúpulos que fuera espía de Metternich, han sido glorificadas por Othmar Spann, precursor notable del nacional-socialismo y profesor en la Universidad de Viena. Spann, místico y romántico, basándose en el misticismo alemán (Maestro Eckehart) y en los románticos (Adán Müller y Baader), cree ser dueño de la fórmula que explique toda la sociología, la economía y la filosofía: universalismo-individualismo. La historia toda es para él, universalista y radical, una lucha entre dos principios: el bueno (universalismo) y el malo (individualismo), ¡segundo principio al que, lo afirma Spann, pertenece también Carlos Marx! (20). Ese círculo de influencias llegaron de manera indirecta a conocimiento de Adolfo Hitler, lector de pocos libros, pero captador sutil de lo que en conversaciones con quienes comparten tales ideas, tuvo por útil.

Todavía hallamos como influencia, y muy grande, en la formación del nacional-socialismo, la de dos personalidades ingenuamente románticos y místicos, aunque no pertenecieran ni al movimiento romántico literario ni al musical: la de Ricardo Wagner y la de su yerno, Houston Stewart Chamberlain. Ricardo Wagner, el compositor genial y destructivo que, con ser gran músico, pretendió también reformar la ópera y la poesía y volver toda la cultura alemana a un misticismo germánico-pagano, Wagner constituye uno de los mayores ídolos de Hitler, que, a más de "habitué" de Bayreuth, es amigo de la familia Wagner. En cuanto a Houston Stewart Chamberlain, es él uno de los pocos escritores que Hitler menciona en su "Mein Kampf" y, sin duda alguna, el que tuvo parte decisiva en la formación intelectual del Führer. Chamberlain, inglés por nacimiento, vino a ser en Alemania uno de los representantes más fanáticos del pangermanismo, llegando a pedir, en la guerra mundial, la aniquilación de su tierra natal. Sus "Fundamentos del siglo XIX" (*Die Grundlagen des XIX. Jahrhunderts*), si admirable-

mente escrito, es paradójico, ilógico y superficial, peligroso, por tanto, para aquellos que poco gustan de pensar o se hallan faltos de suficiente ilustración.

Acatando entusiasmado la teoría racista del conde francés de Gobineau, según la cual sólo la raza aria, más aún, la rama germánica de ella, ha contribuido al progreso de la humanidad, Chamberlain ensaya probar que Cristo perteneció a tal raza. Para Chamberlain los dos hombres más grandes de la historia humana han sido Jesucristo y Ricardo Wagner.

Y dejamos expuesto el ambiente ideológico en que nació el nacional-socialismo.

VII.—Veamos ahora, aunque en síntesis, los dogmas principales del nacional-socialismo, nacido de la mística pagano-germánica.

a) *El mito de la sangre.*—El dogma principal, igual para todos los hombres de sangre alemana, reside en la superioridad racial de la nación alemana. Este es un verdadero dogma, sólo aceptable en virtud de cierta revelación mística; las ciencias biológica y antropológica no han logrado hasta ahora establecer criterio alguno objetivo para distinguir de las demás a la raza germánica, a la raza aria, sin que, de otro lado, haya prueba de tal superioridad. El conde de Gobineau, autor de la teoría (21), no trató siquiera de comprobar su tesis; él no era hombre de ciencia, sino diplomático y escritor. Por lo demás, la tesis no es tan original como parece. Ya Bodin y Montesquieu habían afirmado que, al par que factores geográficos, como el suelo, el clima o la fertilidad, y la nacionalidad, influyen en la Constitución de un Estado. Esa idea la reproduce Gobineau con enorme exageración, pues para él, toda la historia es una lucha de razas, superiores e inferiores, de las que la suprema es la raza aria y, en particular, su rama germánica. Tal hipótesis jamás ha sido probada ni por Chamberlain ni por Günther, autor de obras voluminosas sobre la materia (22). En tratándose de un mito, de un dogma, la prueba es innecesaria. Se cree con fervor en la tesis: Raza es igual a nación, aunque sostenga lo contrario la mayoría de los autores más sobresalientes en sociología y en ciencia (23). Y se cree con ceguedad en la

superioridad de la raza-nación alemana, aunque Gobineau y Nietzsche, dos ídolos del nacional-socialismo, afirmen otra cosa.

El nacional-socialismo alemán ignora o pretende ignorar que Gobineau, al afirmar la superioridad de la raza germánica, declara que la nación alemana actual posiblemente es la menos germánica de todos los pueblos (24). A un juicio semejante llega Nietzsche, cuando califica a la nación alemana de “una mezcla y confusión de razas indescriptibles, quizás con un predominio de elementos precarios”.

b). *El mito del Führer-superhombre.*—Así, pues, al mito de la sangre se añade este otro del Führer, creencia mística e irracional como la anterior. Hemos visto ya que el alemán, en su alma, lleva el deseo, la nostalgia de “servir” (dienen), de sacrificarse por alguien o por algo, de renunciar a toda su individualidad para ser la “parte de un todo”. Esto explica el mito del Führer infalible y omnipotente a quien todo se debe subordinar de manera perfecta. El Führer es el superhombre de Federico Nietzsche, quien, más poeta que filósofo, enemigo de la razón y amigo de contradicciones como era, basándose en el individualismo radical del anarquista Max Stirner, autor del “Único y su Propiedad” (Der Einzige und sein Eigentum) y del “Pesimismo y voluntarismo de Schopenhauer”, glorificó al superhombre, al hombre hecho para gobernar sobre los esclavos nacidos para ser gobernados. La voluntad de poder de ese hombre es la causa de toda cultura.

El mito del superhombre, combinado con el de la sangre, conduce a la conclusión de que la mejor nación, (la alemana), debe gobernar a las demás y de que el Führer, el superhombre, debe gobernar en esa nación y asumir por tanto, el gobierno del mundo. Hitler expresa aquello en esta forma: “Una concepción del mundo... que se esfuerza por dar la tierra a la mejor nación, o sea, a los mejores hombres, debe lógicamente obedecer, dentro de esta nación, al mismo principio aristocrático y asegurar a los mejores el gobierno y la suprema influencia”. (Traducido de la edición completa del “Mein Kampf”, que, en texto alemán, reza: “Eine Weltanschauung, die sich bestrebt... dem besten

Volke, also den höchsten Menschen diese Erde u geben, muss logischerweise auch innerhalb dieses Volkes wieder dem gleichen aritokratischen Prinzip gehorchen und den besten Köpfen die Führung un den höchsten Einfluss in dem betreffenden Volke sichern) (25).

Este Führer-superhombre infalible es, al propio tiempo, la encarnación de la raza-nación: "El Führer es Alemania". Por consiguiente, el nacional-socialismo llega a decir que, al mandar el Führer, quien manda, en realidad, es el pueblo alemán. Una mística política panteísta cuya expresión sería la siguiente ecuación: Raza, igual a nación, igual a Führer. Si se obedece al Führer, se obedece a uno mismo, consecuencia muy similar a la de la mística democrática de Rousseau.

Ese mito explica la subordinación perfecta de todos los alemanes frente al Führer. Pero, si los alemanes quieren servir y no obedecer, como lo sosteníamos, ¿cómo es posible que Adolfo Hitler asumiera un poder tan grande, una responsabilidad tan inmensa, mayor, sin duda, que la de ningún otro mortal?... ¿Cómo es posible que aparentemente él quiera no servir sino mandar y mandar del modo más absoluto e ilimitado?...

A eso responderemos que, ante todo, Hitler cree en ese mito místico y cree, por lo tanto, en que está sirviendo al pueblo alemán. Pero Hitler, además, es austriaco y no alemán, y los austriacos son más individualistas que los alemanes. Un alemán, de haber poseído el genio de Hitler, quizás, luego de llegar al poder, lo hubiera pasado al emperador Guillermo II, según ilusión del propio Kaiser.

c) *El mito del Estado-fuerza.*—Es él el mismo antiguo mito de la fuerza, que recibió su forma filosófica en la estolatría de Hegel. El Estado es el supremo poder, la suprema fuerza: "Dios sobre la tierra", lo llama Hegel, el filósofo oficial del Estado prusiano. Mas, anotemos que el nacional-socialismo no puede tener dos dioses supremos: el Estado-Dios de Hegel y el Raza-Nación-Führer-Dios, o sea, la identidad de ambas deidades. Entonces, surge una nueva ecuación mística: Raza, igual a nación, igual al Führer, igual al Estado.

d) *El mito de la acción.*—De Hegel procede también el dinamismo del nacional-socialismo. Para Hegel, siguiendo a Heráclito, todo se encuentra en movimiento: "Todo deviene, nada es". Y ese es el lema del nacional-socialismo: Movimiento, expansión, nuevos éxitos, nuevos territorios ("espacios vitales"), nuevos problemas, nuevos choques y, al fin, necesariamente, la guerra. A ese lema conduce todo dinamismo. Antes que la glorificación que Hegel le hiciera, ya Heráclito había enseñado: "La guerra es el padre de todas las cosas". Y como Rosenberg rechaza la concepción estática para exaltar la dinámica, que es la heroica, la nórdica, llegamos a una nueva ecuación: Raza, igual a nación, igual al Führer, igual al Estado, igual a la acción.

e) *El mito del partido o movimiento.*—El partido nacional-socialista realizó la acción y, por consiguiente, se identificó con ella. De allí que el partido nacional-socialista se llame también "Bewegung", o sea, movimiento, acción. Y obtenemos aquí una cuarta ecuación: Estado, igual al partido, ecuación que posee su importancia práctica. Todos los funcionarios del partido son, al mismo tiempo, funcionarios del Estado investidos con jurisdicción generalmente superior a la de los meros empleados del Estado. Ello, pues, constituye la prohibición para los demás partidos y la prerrogativa del nacional-socialismo, de que, identificándose con el Estado, no pueda tolerar competencia.

f) *El totalitarismo, o la deificación de: Raza-pueblo-Führer-Estado-acción-partido-Dios omnipotente.*—He aquí la coronación de los mitos del siglo XX: La raza es igual al pueblo, igual al Führer, igual al Estado, igual a la acción, igual al partido nacional-socialista, igual a Dios. Y como Dios es omnipotente e infalible, por eso lo es también el Führer, encarnación de la raza-nación, del Estado, del partido, del movimiento. No es otro el sentido de totalidad, de totalitarismo. Trátase, pues, de un panteísmo místico y dinámico. En la palabra totalidad queda incluido todo, sin excepción alguna. Todo está al servicio del Estado-Dios, todo le está sometido. El individuo es nada, es un producto efímero. Por lo demás, el Estado-Führer-Dios no puede actuar mal y, por tanto, todo le está permitido. "En la Alemania actual no hay código

ninguno que sea respetado por quienes la gobiernan. No hay derecho intocable; no hay principios sagrados”, observó una vez un eminente político colombiano (26).

El poder del Estado-Dios es ilimitado en el exterior. Su voluntad soberana no conoce restricciones. Todo lo que sirve al pueblo-Estado-Dios es bueno; todo lo que le perjudica, es crimen, es sacrilegio. Por eso el nacional-socialismo, religión totalitaria, no puede reconocer otras religiones; por eso Rosenberg lucha abiertamente contra la religión católica, “incompatible con el espíritu nórdico”.

* * *

Un día ensayaron las tribus germánicas destruir toda la cultura, y al mundo de occidente lo salvó entonces la Cruz. ¿Logrará hoy la swástica triunfar sobre la Cruz?...

LEOPOLDO UPRIMNY

Catedrático de Filosofía del Derecho y de Derecho Canónico en el Colegio Mayor, y de Derecho Constitucional en la Universidad Javeriana.

NOTAS

- (1) Nietzsche, “Más allá del bien y del mal”, citado en el “Pensamiento vivo de Nietzsche”, presentado por Heinrich Mann, 1939, pág. 138-39.
- (2) Mons. Grabmann, “Santo Tomás de Aquino”, versión española, p. 59.
- (3) Revista del Colegio Mayor, Vol. XXXIV, p. 220.
- (4) Cf. Hans Barth, Die Krise des wahrheitsbegriffes in den Staatswissenschaften en “Mass und Wert”, vol. III, p. 487, Zurich, 1940.
- (5) Ernst Troeltsch, Historismus und seine Probleme, 1924, citado por Barth.
- (6) Politische Theologie, 1922.
- (7) Der Mythos des 20. Jahrhunderts, edición 105-106, 1937.
- (8) Versión española de Francisco Rivera Pastor, Madrid, 1933.

- (9) Deutschland und der nächste Krieg, 1913.
- (10) Cf. P. Imbart de la Tour, “Les grands problemes du droit”, p. 353.
- (11) Der Zweck im Recht, I, 1880, p. 245 y 311.
- (12) Politik, Berlín, 1898.
- (13) Engels, Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staates.
- (14) Op. cit., p. 217.
- (15) Cf. R. P. T. Ryan, S. J. “Un campeón de la autoridad: Carlos Maurras y su campaña”, en Revista Javeriana, tomo XV, p. 43.
- (16) Cf. el primer discurso de Mussolini ante la Cámara italiana, el 21 de junio de 1921, en Massoul, “La Lección de Mussolini”, trad. esp., p. 13.
- (17) Cf. Maurras, “Le romantisme féminin”, 1905.
- (18) “No hay enemigos a la derecha”, p. 63.
- (19) Müller, Elemente der Staatskunst.
- (20) Cf. Spann, Der wahre Staat.
- (21) “Essai sur l'inegalité des races humaines”, 1854.
- (22) Rassenkunde des deutschen Volkes; Rassenkunde Europas. También v. Leer, Geschichte auf rassischer Grundlage, 1934.
- (23) Cf. Le Fur, “Races, Nationalités, Etats”, 1922; Cf. también Mons. Seipel, Nation und Staat, 1916.
- (24) Cf. “Les grands problemes du droit”, p. 353.
- (25) Hitler, “Mein Kampf”, 213-217, ed. p. 493.
- (26) Laureano Gómez, “El Cuadrilátero”, p. 145-6.

